

El neopositivismo y las cuestiones de la lógica en la ciencia histórica

Por I. Kon

La Conferencia de historiadores de la URSS, celebrada a fines del año pasado, planteó con énfasis la necesidad de elaborar los problemas teórico-metodológicos de la ciencia histórica y de la crítica de las concepciones idealistas burguesas en esta esfera. Para que este trabajo sea fructífero se precisa la más estrecha colaboración de los historiadores y filósofos que, como se indicó en la Conferencia, hasta ahora trabajan disociados.

Muy diversas son las tareas de la filosofía con respecto a la historia. Como ciencia que estudia las leyes más generales del desarrollo de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento humano, la filosofía ayuda al historiador a comprender teóricamente la estructura de la vida social, a esclarecer la correlación, en el proceso histórico, de la necesidad y la casualidad, de las condiciones objetivas y la actividad consciente de las personalidades históricas (aspecto ontológico); investiga los rasgos específicos del conocimiento de la historia y dilucida su lugar en el sistema general del conocimiento científico (aspecto gnoseológico); pertrecha al historiador con una comprensión correcta de los métodos de la investigación de la historia y su correlación (aspecto metodológico); analiza las formas lógicas y los procedimientos de una explicación histórica (aspecto lógico). En cualquier concepción integral de la filosofía de la historia están presentes, como regla, todos estos aspectos. Empero su correlación puede variar. El interés por el aspecto ontológico, por la dinámica y estructura del proceso histórico, apareció bastante antes que otros aspectos del problema en la evolución histórica de la filosofía de la historia. Aunque en los sistemas de filosofía de la historia del período de la Ilustración no sólo se planteaban

cuestiones ontológicas, sino también gnoseológicas y lógico-metodológicas¹, éstas ocupaban un lugar subordinado y se consideraban de un modo incidental, mezcladas con otras cuestiones. Lo dicho se refiere también a la mayoría de las concepciones filosófico-históricas burguesas del siglo XIX. Aunque crecía sin cesar el interés por las cuestiones de la teoría del conocimiento en la historia, estas cuestiones se planteaban preferentemente en el marco de sistemas filosóficos más generales; más que investigar los rasgos específicos lógico-gnoseológicos de la historiografía que existía realmente, los filósofos construían una especie de historia ideal tal como debía haber sido a la luz de los postulados filosóficos dados.

En los últimos años, bajo la influencia directa del positivismo lógico, ha cambiado la situación. Si en el pasado predominaban en la filosofía burguesa de la historia los trabajos de índole filosófica general que planteaban la cuestión del carácter específico del conocimiento de la historia en general, de la correlación entre la historia y la actualidad, etc. en los últimos años su atención se ha centrado en las **cuestiones** de la lógica en la explicación de la historia².

La filosofía, certifica Pietro Rossi, ya no pretende proponer un modelo a la investigación histórica y ofrecerle una garantía absoluta de seguridad, sino se dedica “al estudio de las reglas inherentes a la labor historiográfica, esto es, o al análisis del procedimiento explicativo propio de la indagación histórica o al análisis de las peculiaridades características del lenguaje historiográfico”³. Es verdad que esta tendencia, como ya se indicaba en la reseña del libro de Rossi⁴, no es típica de toda la filosofía burguesa contemporánea de la historia sino solo de su ala positivista. Sin embargo, se desarrolló con bastante rapidez. ¿A qué obedece este fenómeno, por qué la problemática lógica, que en el pasado no ocupaba lugar importante en la filosofía de la historia, eclipsa ahora otros muchos problemas? Para responder a esta pregunta tendremos que remitirnos a la historia.

En la filosofía burguesa de la segunda mitad del siglo XIX existían dos tendencias fundamentales en relación con la historia. La primera estaba representada por el positivismo y la segunda por las tendencias filosóficas francamente idealistas (neokantismo, “filosofía de la vida”, etc.)

El positivismo de Comte, Spencer y Mill, desarrollándose en polémica con las tradiciones de la historiografía romántica, subraya en todo momento la unidad del conocimiento científico y la necesidad de convertir la historia en una ciencia tan rigurosa como las ciencias naturales. Criticando el descripticismo rudimentario de la historiografía tradicional, oponiéndose a que el proceso histórico quedase reducido a la actividad casual de los “grandes hombres”, demostrando la posibilidad y necesidad de las amplias sintetizaciones relativas a la vida social, el positivismo del siglo XIX ejerció una influencia benéfica sobre la ciencia histórica de aquel tiempo, contribuyendo al paso de la historia narrativo-descriptiva de determinados acontecimientos al estudio de la compleja evolución de los procesos y relaciones económico-sociales.

Mas, sin hablar ya de la inconsistencia de sus premisas filosóficas⁵, los positivistas concebían de un modo sumamente simplista y erróneo la naturaleza y las tareas del conocimiento de la historia.

En busca de las leyes “eternas e inmutables” los positivistas hacían caso omiso de la diversidad concreta del proceso histórico, supeditando la historia a la sociología abstracta. No se mencionaba siquiera el carácter específico lógico o gnoseológico de la ciencia de la historia. Los positivistas consideraban a la historia simplemente como un depósito de “material en bruto”, que la sociología debía sintetizar; o como una ciencia “subdesarrollada” cuyos rasgos específicos se explicaban precisamente por su falta de desarrollo.

Semejante actitud hacia la ciencia histórica era típica también de la mayoría de los filósofos positivistas posteriores. V. I. Lenin decía en **Materialismo y**

empiriocriticismo que “el positivismo en general y el machismo en particular se dedicaban mucho más a una sutil falsificación de la gnoseología, haciéndose pasar por materialismo, ocultando el idealismo tras una terminología pretendidamente materialista, y prestaban relativamente poca atención a la filosofía de la historia”⁶.

El menosprecio por la historia alcanzó su apogeo en el positivismo lógico de los socios del llamado Círculo Vienés del que formaban parte en, los años veinte y comienzos de los años treinta, M. Schlick, O. Neurat, R. Carnap y otros. Estos filósofos se plantearon la tarea de crear una sola “ciencia unificada”, que incluyese tanto las ciencias naturales como las sociales, y proclamaron como el único objetivo de la ciencia la descripción de lo “inmediatamente dado” y como única forma lógica posible de la ciencia la forma que tiene la física moderna (“fiscalismo”). Carnap y sus correligionarios consideraban como el único medio de comprobar las suposiciones de la ciencia la confrontación de las correspondientes manifestaciones con la experiencia sensorial directa del sujeto al que se refiere. Pero, por el mismo carácter específico de la materia de investigación, el historiador no puede confrontar sus deducciones con la “experiencia directa”; se funda en los datos de la experiencia indirecta, de la experiencia de otras personas que no se puede expresar como simple acta monovalente. De ahí los neopositivistas deducían que la historia en general no podía ser una ciencia y que sus sintetizaciones se encontraban al margen de la alternativa de lo verdadero y lo falso. Los juicios históricos no son juicios del hecho, sino juicios de apreciación. Como observa el conocido sociólogo neopositivista norteamericano G. Lundberg, “en vigor de la selección efectuada al escribir la historia, gran parte de su material histórico tiene dudoso valor para los fines científicos”⁷.

El positivismo, que comienza proclamando el principio de la objetividad del conocimiento científico, termina negando la historia como ciencia. No sólo hace a un lado los caracteres metodológicos específicos de la ciencia, subordinándolos a la

sociología abstracta, sino también estructura esta última como una disciplina no histórica.

La concepción positivista de la historia forzosamente tenía que entrar en clamorosa contradicción con la práctica de la indagación histórica, lo que suscitó numerosas críticas. Sin embargo, en la filosofía burguesa de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del siglo XX la tesis del carácter específico del conocimiento histórico la formulaban sobre todo las tendencias francamente idealistas, para las cuales la idea del carácter específico de la historia era, en primer término, un instrumento de lucha contra el determinismo y la comprensión materialista de la historia como proceso histórico-natural. De ahí los múltiples intentos, so pretexto de precisar el "carácter específico" del conocimiento histórico en general, de apartar por completo las ciencias naturales de las ciencias sociales y desacreditar la aplicación de los métodos científicos en éstas últimas. Y. Dilthey deduce la individualización de los fenómenos, típica de la historia, de la contraposición ontológica del espíritu y la naturaleza; ve el carácter específico del conocimiento histórico no en la explicación causal, sino en la "comprensión" intuitiva. B. Croce y R. D. Collingwood deducen las peculiaridades del conocimiento histórico a partir de la comprensión hegeliana de la historia como historia del espíritu. Los neokantianos W. Windelband y H. Rickert intentan deslindar la historia y las ciencias naturales, partiendo de sus peculiaridades lógico-metodológicas, alegando que a la historia le es inherente un procedimiento individualizador particular en la formación de conceptos. Todas estas concepciones, dado su carácter idealista, elevaban a la categoría de lo absoluto algunos rasgos del conocimiento histórico, ofreciendo un cuadro general deformado⁸. En tales trabajos, los rasgos metodológicos específicos de la investigación histórica no se deducían mediante el análisis de los verdaderos métodos utilizados por los historiadores, sino que se deducían de determinados postulados filosóficos generales, hasta en Rickert, a quien

a primera vista interesa exclusivamente la parte metodológica del asunto, la metodología y la lógica ocupan un lugar subordinado con respecto a la filosofía de los valores. En la historia domina el método ideográfico, dice Rickert. Pero esto se debe a que en el desarrollo histórico nos encontramos con fenómenos culturales y éstos últimos representan una objetivación de determinados valores. En cambio, los propios valores están por encima de la historia, son suprahistóricos; por eso los criterios de selección de los hechos históricos se encuentran al margen de la historia misma y la metodología de la historia presupone la filosofía de los valores. El propio Rickert subraya que no dilucida relaciones mutuas de las verdaderas ciencias naturales y de la verdadera historia, sino únicamente los diversos caminos de formación del concepto limitándose “principalmente a establecer los dos polos extremos de la actividad científica entre los cuales se encuentran hasta cierto grado todas las ciencias empíricas”⁹. Esto es cierto con mayor motivo por lo que respecta a Dilthey, Groce, Collingwood y otros en quienes la descripción de la práctica historiográfica existente se mezcla a cada paso con manifestaciones acerca de cómo debe ser la ciencia histórica y a qué debe dedicarse. Todo este “historicismo” idealista tenía una tendencia marcadamente antimarxista.

Así pues, ni la noción de la historia como disciplina auxiliar de la sociología, noción propia del viejo positivismo, ni las interpretaciones idealistas del carácter específico del conocimiento histórico transmiten su verdadera naturaleza. Eso lo reconocen hoy no sólo los marxistas, sino también muchos científicos burgueses, los historiadores ante todo, que no pueden hacer caso omiso de la práctica de la investigación histórica.

Este atolladero en el que se ha metido la filosofía idealista de la historia es el que impulsa a los filósofos burgueses a readaptarse. Al trasladar la cuestión de la naturaleza del conocimiento histórico de la esfera de la filosofía a la esfera de la lógica intentan ocultar el idealismo inmanente a sus concepciones y hallar nuevos

caminos y medios para combatir el marxismo. ¿Para qué plantear los complicados problemas de la esencia del conocimiento histórico, de las bases de su objetividad y otros por el estilo, relacionados con la gran tradición filosófica?, razonan los adeptos de la tendencia “analítica” en la filosofía burguesa. ¿No será mejor limitarse al análisis lógico de los conceptos y procedimientos explicativos que utilizan efectivamente los historiadores? No “prescribir” lo que debe ser la ciencia histórica, sino “describir” las formas ya existentes de la explicación histórica, así es cómo formulan ellos las tareas de la filosofía respecto a la historia¹⁰.

¿Qué se oculta tras esta tendencia? Naturalmente, es innegable que el estudio crítico de la lógica de la indagación histórica, tal como se expone en las obras escritas por historiadores profesionales, puede ser muy útil y permite comprender más profunda y concretamente los rasgos específicos del conocimiento histórico. Pero una cosa es lo justificado del aspecto lógico de la filosofía de la historia y otra muy distinta la suplantación de la filosofía por la lógica. Pero eso es precisamente lo que les sucede a los “analíticos lógicos”, que se imaginan que dando de lado la problemática ontológica y gnoseológica, se sitúan así “por encima” de la contradicción entre el materialismo y el idealismo. Esta noción no pasa de ser una mezquina ilusión. No se puede polemizar acerca de la lógica de la explicación histórica sin precisar con propiedad de lo que se trata: de la explicación del proceso histórico como un todo o de la explicación de un sólo acontecimiento aislado, Pero la solución de este problema presupone ya la existencia en el científico de una concepción general histórico-filosófica. Además, el análisis de las operaciones lógicas efectuadas por los historiadores, aun- que ofrece determinado interés, no puede ser de por sí un argumento decisivo en la discusión filosófica puesta que la lógica de la explicación histórica refleja las opiniones filosóficas del historiador y no es igual en los diferentes autores. El historiador que considera el desarrollo social como obra de los “grandes hombres” no explica los acontecimientos como lo hace,

por ejemplo, el partidario del determinismo geográfico. Por eso, la alusión a la "práctica de la explicación histórica" no sirve de mucho. Las discusiones sobre la lógica de la explicación histórica, en esencia, continúan bajo nuevas formas las viejas discusiones filosóficas sobre la naturaleza de la historia y del método histórico.

En principio, el análisis lógico de la indagación histórica puede efectuarse desde distintas posiciones filosóficas. Sin embargo, desde el punto de vista histórico esta problemática está íntimamente ligada a la filosofía del positivismo lógico, cuyos representantes fueron los primeros que intentaron en los años cuarenta construir un esquema lógico de la explicación histórica. Este esquema, que obtuvo la denominación de "teoría de la ley envolvente" (covering law theory) fue elaborado paralelamente por el filósofo inglés Karl Popper y por el filósofo norteamericano Carl Hempel y por eso es llamada a menudo esquema de Popper-Hempel.

Popper y Hempel renunciaron a ciertos enunciados extremos, en particular al "fiscalismo" del Círculo Vienés. Sin embargo, consideran que el procedimiento lógico de la explicación causal en todas las ciencias, tanto naturales como sociales, debe ser el mismo. En cada explicación causal, escribe Popper, existen obligatoriamente dos elementos: por un lado, una especie de ley universal y, por otro, la descripción de las condiciones específicas en que transcurre el proceso dado, que pueden ser denominadas condiciones de partida. Por ejemplo, podemos decir que hemos dado la explicación causal de la rotura del hilo si hemos encontrado que este hilo podía resistir un peso de una libra y le hemos colgado un objeto que pesa dos libras. Al analizar esta explicación causal descubriremos en ella dos partes integrantes distintas. En primer lugar, una hipótesis conocida, que tiene el carácter de ley universal de la naturaleza (en este caso dicha ley se definiría poco más o menos así: "Si determinado hilo es sometido a una tensión que supera la tensión máxima propia de este hilo, se romperá"). En segundo lugar, ciertas afirmaciones específicas (condiciones de partida) que describen el proceso especial que nos

interesa (en este caso podemos obtener dos afirmaciones: la carga máxima característica de este hilo con la cual puede romperse es igual a una libra" y "el peso suspendido a este hilo era de dos libras").

Estos dos aspectos diferentes de juicios nos dan en su conjunto la explicación causal completa. De la ley universal (1) nosotros podemos deducir mediante las condiciones de partida (2) la siguiente conclusión específica: "este hilo se romperá". Las condiciones de partida (o más exactamente la situación reflejada en ellas) se llaman comúnmente causa del acontecimiento en cuestión y el pronóstico (o más bien el acontecimiento que describimos como pronóstico) se llama consecuencia. Por ejemplo, podemos decir que el haber colgado un peso de dos libras a un hilo capaz de resistir sólo una libra fue la causa de la rotura del hilo¹¹.

Este esquema de la explicación causal, publicado por primera vez en 1942, en el artículo. "**Las funciones de las leyes generales en la historia**" es incluido posteriormente en casi todas las antologías de filosofía de la ciencia, Hempel lo hizo extensivo también a la historia. Toda explicación científica, según Hempel, presupone que 1) el acontecimiento explicado debe ser incluido en la clase de acontecimientos homogéneos; 2) debe referirse a alguna ley general que muestre la ligazón permanente de este grupo de acontecimientos con otros grupos de acontecimientos que son condiciones de la realización de los primeros. En caso de que esta hipótesis general sea efectivamente una ley universal, el acontecimiento explicado, conociendo sus condiciones iniciales, se puede deducir lógicamente de esta ley. Pero en la historia encontramos más a menudo "leyes" difusas tomadas de lo conciencia ordinaria que únicamente se sobrentienden; o encontramos tendencias que nos hablan sólo de la probabilidad (y no de la necesidad) del proceso. Por eso, concluye Hempel, la historia en la mayoría de los casos no nos da una explicación rigurosa, en el sentido de la posibilidad de deducir el acontecimiento de las leyes universales, sino una especie de "esbozo explicativo". "Este esbozo consiste en una

indicación más o menos vaga de la ley y de las condiciones iniciales, que se consideran como esenciales, y para convertir este esbozo en una explicación amplia es preciso "rellenarlo". Este relleno exige continuar la indagación empírica cuya orientación indica el esbozo"¹².

Popper fundamentó ampliamente esta concepción en sus libros **Miseria del historicismo y La sociedad abierta y sus enemigos**. Naturalmente, dice Popper, en la indagación histórica, como en cualquier otra, la descripción de los hechos presupone ya la existencia de cierto punto de vista teórico y la explicación es imposible sin utilizar determinadas "leyes universales". Sin embargo, subraya, en la "física "el punto de vista" lo da por lo común la teoría física que se puede comprobar mediante el descubrimiento de nuevos hechos"¹³. Pero en la historia la cosa es distinta. Las leyes cuya existencia presupone tácitamente el historiador son tan triviales que no tienen de por sí prácticamente ningún interés y no pueden introducir un determinado sistema en el objeto de la indignación.

Sin embargo, el historiador no puede prescindir de este "punto de vista" que expresa la orientación de sus intereses. De ahí, supone Popper, las diferentes "interpretaciones" de la historia a la luz de las cuales el desarrollo histórico aparece ora como producto de la actividad de los grandes hombres, ora como resultado de los procesos económicos ora como consecuencia de los cambios en los sentimientos religiosos. Pero estas "interpretaciones" generales se diferencian por principio de las teorías científicas porque no tienen carácter empírico. Los hechos que utiliza el historiador son limitados y no pueden ser reproducidos a nuestro deseo. Además, estos mismos hechos fueron reunidos según determinado punto de vista preconcebido. Y como no hay otros hechos, ninguna teoría histórica, como regla, puede ser comprobada. De ahí la multiplicidad inevitable de "interpretaciones" y la ausencia de la verdad objetiva en la historia.

Popper hace la salvedad de que no todas las interpretaciones históricas tienen el mismo valor, y es cierto que unas explican mejor los hechos y otras lo hacen peor. Por eso, incluso en la esfera de la interpretación histórica, es posible un “progreso bastante considerable”¹⁴. Pero no puede haber teoría científica del desarrollo histórico y la historia siempre se escribirá de nuevo, ya que cada nueva generación plantea ante ella nuevos problemas. Resumiendo: no puede haber historia del “pasado tal como fue en realidad”; puede haber sólo distintas interpretaciones históricas con la particularidad de que ninguna de ellas es definitiva y cada generación tiene derecho a crear su propia interpretación¹⁵.

La teoría de la “ley envolvente”, examinada simplemente como esquema lógico, tiene al parecer, algunos lados fuertes. Subraya la existencia de un nexo interno entre la descripción y la explicación, aclara que en cualquier explicación histórica, hasta en la más “individual”, existen algunas sintetizaciones ocultas, implícitas. De este modo, fija la atención en el estudio del aparato conceptual del pensamiento histórico, en el análisis de las sintetizaciones que utiliza el historiador, consciente o inconscientemente. La explicación histórica se considera en esta ley a la luz de la lógica general de la explicación científica, aunque las deducciones del propio Popper resulten respecto a la historia más bien negativas. Algunos partidarios de la “ley envolvente” (por ejemplo, Hempel) se manifiestan con agudeza contra el intuitivismo y el irracionalismo en la teoría del conocimiento histórico.

Sin embargo, estos méritos son, en grado considerable, aparentes. La teoría de la ley “envolvente” no es simplemente un esquema lógico; descansa en determinadas premisas filosóficas y precisamente la inconsistencia de estas premisas la hace errónea e inaplicable tanto al conocimiento histórico como al conocimiento científico general.

El primer defecto del esquema es la interpretación idealista subjetiva de las categorías en que se basa la explicación científica. Popper y Hempel reconocen que explicar el fenómeno significa revelar sus causas o deducirlo de determinada ley general. Pero interpretan las mismas categorías de la causa y de la ley, repitiendo a Hume, no como expresión de la ligazón necesaria que existe objetivamente entre los fenómenos, sino como simple construcción lógica. Popper no opera con verdaderas leyes científicas, sino con simples juicios generales que están a menudo al nivel de los truismos. Según Popper, la explicación científica en la vida social, lo mismo que en la naturaleza, exige la referencia del fenómeno explicado a una determinada ley general. Pero, al propio tiempo, niega categóricamente que exista nada determinado en la vida social. "El futuro depende de nosotros mismos y nosotros no dependemos de ninguna necesidad histórica"¹⁶, esa es su tesis fundamental. En eso asienta también sus objeciones contra el "historicismo", el cual reconoce la posibilidad de la previsión científica en la vida social, y su tesis sobre la imposibilidad de la teoría de la historia. La aplicación de la "lógica de la explicación científica" a la historia lleva a Popper solamente a la deducción de que la historia no es ni puede ser ciencia.

La interpretación subjetivista del concepto de ley científica es completada por los teóricos de la "ley envolvente" con una comprensión bastante simple de la naturaleza de las sintetizaciones científicas en general. El fenomenalismo, en que descansa la filosofía positivista de la ciencia, considera al mundo como un conjunto de fenómenos absolutamente equivalentes tras los cuales no hay ninguna esencia. Por eso, al hablar del papel de la sintetización en la indagación histórica, los neopositivistas tienen en cuenta no la sintetización a la que se eleva el pensamiento teórico como resultado del descubrimiento de la esencia del proceso estudiado, sino tan sólo la sintetización empírica elemental realizada mediante la comparación de diferentes objetos y fenómenos y la selección de sus síntomas semejantes y diferentes.

Pero tal sintetización empírica, siendo necesaria, es insuficiente a todas luces para los fines de la indagación científica. El esclarecimiento de lo general en los fenómenos mediante la comparación no nos dice todavía hasta qué punto es esencial. Este general puede ser también un conjunto de síntomas externos. Pero la tarea de la ciencia estriba precisamente en destacar lo esencial, lo necesario, en descubrir la estructura interna del proceso. Esto se consigue no sólo estableciendo las dependencias empíricas entre los hechos observados, sino también mediante la formación de nuevas abstracciones científicas, que no se dan directamente en la observación y no son una simple combinación de los datos empíricos"¹⁷. La sintetización empírica de los datos estadísticos sobre las fluctuaciones de los precios no conduce todavía de por sí al científico a la ley del valor.

Deteniéndose en el plano de la simple sintetización empírica, no penetrando en la esencia de los fenómenos, el científico no puede pasar de una clasificación más o menos formal de los fenómenos, lo que a su vez sirve para refrendar las nociones en boga sobre el "poco contenido" de las abstracciones históricas, con que especulan los defensores del "ideografismo". No es fortuito que el propio Popper, reconociendo cuan inevitable es que el historiador utilice ciertas "leyes envolventes" para explicar los hechos, subraye al propio tiempo que, desde su punto de vista "no puede haber leyes históricas. La sintetización pertenece simplemente a otro círculo de intereses que debe ser rigurosamente deslindado del interés por los acontecimientos específicos y por su explicación causal, que es el objeto de la historia"¹⁸. Esto acerca su punto de vista al ideografismo de la escuela de Baden del neokantismo alemán y Popper se remite directamente en este aspecto a Max Weber, viendo en él "la anticipación más próxima" de sus propias opiniones¹⁹, aunque tampoco está de acuerdo con la concepción Weberiana de la causalidad (Weber afirmaba, como Rickert, que la explicación causal individual prescinde en absoluto de las leyes generales).

Más característico aun es el parentesco espiritual de Popper con F. von Hayek. Popper alude reiteradamente a Hayek y hasta subraya que sin su ayuda no habría visto la luz **La sociedad abierta y sus enemigos**²⁰. Pero Hayek es un franco irracionalista. Su libro **La contrarrevolución de la ciencia**, dirigido contra el “objetivismo”, el “colectivismo metodológico” y el “historicismo”, contiene todo un programa de refutación de los métodos científicos en las ciencias sociales. Condena sin rodeos el “cientificismo”. Pero cuando llega al “historicismo”, Hayek hace esta observación: “Poco puedo añadir al magistral análisis del historicismo hecho por mi amigo Karl Popper... a excepción de que a mi juicio su responsabilidad recae en el mismo grado que sobre Platón y Hegel, sobre Comte y el positivismo”²¹.

La errónea comprensión de la naturaleza de la ley de la sintetización científica origina errores también en la teoría de la explicación científica. El esquema de Popper-Hempel es equivocado no porque traslada a la historia el tipo de explicación causal que existe en las ciencias naturales (como les reprochan con mayor frecuencia los defensores del idiografismo y del intuitivismo), sino porque modela equivocadamente la misma explicación científica general. Popper y Hempel consideran erróneamente que la explicación científica es la simple deducción del fenómeno particular extraída de la ley general mediante condiciones únicas. Pero la cosa es bastante más complicada²². No sólo en la historia, sino incluso en los fenómenos más simples de la naturaleza es imposible deducir el fenómeno único con toda su diversidad extrayéndolo de cualquier ley general. Cada fenómeno, cada hecho tiene infinidad de aspectos y relaciones y para explicarlo es preciso utilizar no una ley, sino todo un conjunto de leyes cada una de las cuales nos explica un aspecto determinado del fenómeno estudiado. A su vez, las tesis teóricas se comprueban no por sí mismas, mediante la confrontación directa del postulado aislado con los datos empíricos, sino en el conjunto del sistema teórico íntegro.

De la ley del valor no se puede deducir lógicamente los precios actuales de las manzanas en uno u otro mercado rural; ninguna ley general puede abarcar todas las condiciones empíricas. Pero esta ley explica la esencia de la formación de los precios y en este sentido es necesaria para comprender el proceso del cambio. La ley de la desigualdad del desarrollo económico y político en la época imperialista no da por sí sola una explicación completa del surgimiento de la primera guerra mundial; es necesario tener en cuenta, además, las diversas condiciones concretas de los acontecimientos. Pero esta ley explica las causas generales del surgimiento de las guerras en la época imperialista.

Así pues, la explicación de un acontecimiento específico resulta un proceso más complicado y multifacético de lo que se supone a la luz de la teoría de la “ley envolvente”, y la función de las leyes generales es más complicada aquí que el papel de la proposición mayor en el silogismo. Aunque el esquema de la “explicación a través de la ley”, elaborado por Popper y Hempel, es aceptado con diferentes variaciones por muchos filósofos anglo-norteamericanos²³, es blanco de críticas cada vez más acervas. Según reconoce P. Gardiner, uno de los defensores de esta teoría, en los últimos años la mayoría de los filósofos de la tendencia “analítica” subrayan las peculiaridades específicas de la historia sin tratar de encuadrar la indagación histórica en el marco de la lógica general del conocimiento científico elaborado sobre el material de las ciencias naturales²⁴. Utilizando los métodos del análisis lógico-lingüístico, elaborados por el neopositivismo, estos autores rechazan al propio tiempo la tesis de la identidad de la naturaleza lógica en la explicación histórica y las ciencias naturales; rehabilitan axiomas y métodos repudiados por sus colegas mayores.

El primer paso importante en este sentido lo dio el mencionado filósofo de Oxford P. Gardiner en su libro **La naturaleza de la explicación histórica**²⁵: habiéndose planteado como objetivo analizar por métodos semánticos la lógica de

la explicación histórica, Gardiner adopta en conjunto el modelo de la explicación causal de Popper-Hempel. Sin embargo, aplicado a la historia, indica Gardiner (y ese es uno de sus enunciados principales), este esquema es un tanto artificioso y simplificado.

La “explicación científica”, subraya el filósofo de Oxford, no es la única forma de la explicación causal. Además de la ciencia existe el “sentido común” de cada día. Cuando el sentido común dice que la pulmonía se debió a que el hombre permaneció demasiado tiempo expuesto al frío y la ciencia médica afirma que la pulmonía se debió a factores como la existencia de pneumococos y a la predisposición física del paciente, no puede decirse que una de estas explicaciones causales sea cierta y la otra errónea. “Aquí no existe contradicción, simplemente la palabra “causa” se utiliza de distinto modo en diferentes casos”²⁶. El sentido común, naturalmente, no posee la exactitud de la ciencia. No se guía por consideraciones teóricas, sino prácticas. Así el fósforo actúa como causa del incendio, aunque, claro está, puede provocar el incendio sólo si existen determinadas condiciones, Pero es necesaria tanto la explicación científica de los fenómenos como la sencilla y corriente.

Al definir su visión de la naturaleza de la explicación científica, Gardiner lucha en dos frentes. Por un lado rechaza el enfoque de la historia como ciencia. Por otro lado critica la concepción de la “autonomía de la historia” de Croce y Collingwood, que deduce las peculiaridades metodológicas de la indagación histórica extrayéndolas de la contraposición ontológica del mundo de la historia al mundo de la naturaleza. En la crítica tanto del sociologismo idealista abstracto como de la factografía de la historiografía empírica, Gardiner expresa no pocos pensamientos justos e interesantes.

Gardiner busca la solución de las viejas antinomias del pensamiento histórico en la vía del análisis semántico. Analicemos el significado de los términos históricos y todo quedará claro, tal es su método. Todo estriba, dice, en lo que se entienda por

explicación histórica. Esta puede ser de doble género: en unos casos el historiador explica el acontecimiento mediante ciertas leyes generales; esto será una explicación en los términos de “causas” y “consecuencias”. En otros casos explica los acontecimientos guiándose por la “lógica de la situación”, “en los términos de lo que sería razonable emprender en tales y cuales circunstancias, teniendo en cuenta tales y cuales objetivos”; esto será una explicación en los términos de “propósitos” y “planes”²⁷. Ambos tipos de explicación son igualmente legítimos. No existe contradicción entre la afirmación: “Alemania desencadenó la guerra en 1914 porque su Gobierno consideró ventajoso empezar la guerra antes de que estuviesen preparados sus adversarios” y la afirmación de que “la causa de la primera guerra mundial fue la agudización de las contradicciones internas del sistema capitalista mundial”, La contradicción entre la comprensión de la historia como ciencia y su reducción a la descripción de lo único se debe, a juicio de Gardiner, sólo a la vaguedad de la terminología histórica. “El mundo es uno, pero los recursos de que nos servimos para hablar de él son diferentes. Y el hecho de que en unos casos preferimos describirlo así y no de otro modo depende de nuestros fines”²⁸.

Gardiner no niega que el historiador utilice conceptos generales, pero intenta establecer la diferencia de principio entre las “sintetizaciones históricas” y los conceptos científicos.

Además de la explicación a través de la ley, adoptada por el esquema de Popper-Hempel, el historiador, según Gardiner, utiliza ampliamente un elemento subjetivo: la llamada “explicación a través del motivo”. Al igual que el detective que intenta descubrir el crimen cometido, el historiador substituye mentalmente al criminal supuesto y deseando comprender los motivos de una u otra personalidad histórica, recurre inevitablemente a la imaginación: se figura las posibilidades que existieron en la situación creada y trata de comprender por qué la personalidad que nos interesa actuó precisamente así y no de otro modo. Gardiner reconoce la

legitimidad de esta operación del pensamiento, pero critica con razón su interpretación idealista según la cual “esta comprensión se considera como equivalente a convertirse en la persona cuyos actos se explican por este procedimiento. Pues podemos discutir acerca de tales interpretaciones: podemos decir que son convincentes, verosímiles, forzadas o absurdas”²⁹. Los argumentos que utilizamos para ello descansan en nuestra propia experiencia o en la experiencia conocida de otras personas y, por lo tanto, en este proceso de “comprensión” no hay nada misterioso.

Mas, al rechazar los “extremismos” del idealismo, Gardiner, imitando a G. Ryle³⁰, afirma que la explicación de los actos humanos en los “términos de los pensamientos, deseos y planes” se diferencia por principio de la explicación de los mismos actos en los “términos de la reacción al medio” y es independiente de éste último³¹: “Ahora debe ser claro para nosotros – escribe – que el conflicto que, como suponen, existe entre las interpretaciones materialistas e idealista de la historia es ilusorio”³². Gardiner intenta reducir el antagonismo de principio entre el materialismo y el idealismo tan sólo a la diferente utilización de la palabra “explicar”.

En esencia, Gardiner sale por los fueros de la vieja dicotomía de Dilthey, de la “explicación” y la “comprensión”, trasladándola falsamente de la esfera de la metafísica y la ontología a la esfera de la lógica. Esta tendencia es sintomática en grado sumo. Mientras que Gardiner, todavía se atiene, aunque con salvedades, a la teoría de Popper-Hempel según la cual en la explicación histórica existe cierta “ley implícita”³³, la mayoría de los filósofos anglo-norteamericanos contemporáneos, que se ocupan de los problemas de la lógica del conocimiento histórico, rechazan de plano este esquema, acercándose cada vez más a las teorías “ideográficas”³⁴.

El filósofo canadiense William Dray, profesor de la Universidad de Toronto, en su libro **Las leyes y la explicación en la historia**, hizo una amplia crítica de la teoría de la explicación histórica de Popper-Hempel.

Dray señala que el esquema de Popper-Hempel no corresponde a la verdadera estructura de la explicación histórica. Cuando Gardiner reconoce que además de la “explicación a través de la ley” es posible también “la explicación a través del objetivo”, rechaza la universalidad del esquema positivista. Los positivistas consideran a la explicación como un procedimiento de lógica formal, pero en realidad es pragmático y significa para distintas personas en distintas épocas algo completamente diferente. En las indagaciones históricas se encuentran – desde el punto de vista lógico – las más diversas formas de explicación.

Las supuestas “leyes envolventes” en que intentan fundamentar la explicación histórica Popper y Hempel son, además de triviales, sumamente vagas. La explicación histórica: “Luis XIV murió impopular, pues aplicó una política que no respondía a los intereses nacionales de Francia”, se apoya, según los positivistas, en la “ley” sobrentendida de que “los gobernantes que echan en el olvido los intereses de sus súbditos se hacen impopulares”. Pero eso no ocurre siempre. Por lo tanto, para fundamentar este juicio hay que recurrir a otra ley más general. En definitiva resulta que “si la ley propuesta (candidate law) se ahonda en los lugares comunes, pierde su interés metodológico; pero si desciende de la estratósfera se hace posible negarla sin cambiar la explicación”³⁵. Así pues, entre la ley general postulada y la explicación histórica existe el necesario nexo lógico y el partidario de la teoría de la “ley envolvente” se encuentra ante el dilema: “Si debilita el nexo entre la ley y la explicación, entonces la ley, de la que se dice que da fuerza a la explicación, lógicamente no se precisa. Y si debilita la misma ley, es discutible que tenga la fuerza explicativa exigida por la lógica”³⁶.

Los positivistas suponen que el acontecimiento puede considerarse explicado solamente una vez encuadrado en una regla general. Pero para explicar por qué era patituerto un caballero determinado de la Edad Media no es preciso que todos los caballeros fueran patituertos. Del mismo modo, el simple conocimiento de que todos los caballeros medievales eran patituertos no explica por qué tenían las piernas torcidas Sir Brian³⁷. La explicación causal de un acontecimiento aislado es perfectamente posible sin hacer uso de la ley. “La suciedad provoca enfermedades”, es un razonamiento causal. Pero la palabra suciedad, clara de por sí, no contiene ninguna teoría³⁸. En general, lo que interesa al historiador no es la ley, ni las cualidades generales de la clase de fenómenos, sino el fenómeno dado como tal. “Él no se pregunta: ¿Qué es lo que en general causa el fenómeno tipo Y?; pregunta: ¿Cuál es la causa de este Y? Y pregunta esto en relación con Y que se encuentra en determinada situación³⁹. Para el historiador la simple constatación del suceso según la forma “esto fue así y así” es ya una explicación sin hacerse siquiera las preguntas de “por qué” y “cómo”⁴⁰.

Dray, por lo tanto, permaneciendo en el marco de la lógica y de la metodología, de hecho fundamenta el “método individualizador” de la escuela del neokantismo de Baden, aunque no mencione en ninguna parte a Rickert ni a Weber. Luego, apoyándose en Oakshott y Collingwood, rehabilita en grado considerable el intuitivismo histórico-filosófico.

¿Qué puede decirse de esta tendencia? Los adversarios de la teoría de la “ley envolvente” han puesto al desnudo acertadamente su carácter metafísico y limitado. Intentando no tanto construir la lógica ideal de la ciencia, como analizar los verdaderos métodos de la explicación utilizados por los historiadores, han revelado aquí un cuadro más complejo que el que se imaginaba el pensamiento filosófico abstracto. Pero, en conjunto, las posiciones de este grupo de autores son profundamente conservadoras.

Ante todo, prestemos atención a la orientación general de la evolución de la concepción neopositivista del conocimiento histórico.

Los filósofos neopositivistas consideraban desde el comienzo mismo a la lógica y a la metodología de la ciencia desgajadas de su contenido material. Esto conducía, por un lado, al subjetivismo, y, por otro, al burdo mecanicismo y al naturalismo, que se desentienden de la diferencia en la estructura metodológica de las ciencias naturales y sociales. Pero la teoría del conocimiento histórico no se puede construir haciendo a un lado la teoría del desarrollo histórico. Popper habla de la ley como de un elemento lógico necesario de la explicación histórica, pero niega categóricamente la existencia de leyes objetivas del desarrollo social. Esto le lleva al relativismo y a la negación de la posibilidad de crear una teoría científica del proceso histórico. Pero si en el proceso histórico no existen leyes objetivas, si la sintetización científica de la experiencia histórica es imposible, entonces la "explicación histórica" se reduce prácticamente a explicar acontecimientos aislados, considerados en su carácter casual y singular. Pero esta explicación puede ser también pragmática y no necesitar las leyes generales. Por eso, Gardiner reduce la esfera de la "explicación causal" (comprendida en el espíritu de la teoría de Popper) y subraya el significado independiente de la "explicación a través del motivo". Otros autores, en particular Dray, van aún más lejos, desechando totalmente la teoría de la "ley envolvente".

Hablando en propiedad, Dray ya no es neopositivista en el pleno sentido de la palabra. Toma de los positivistas solamente el mismo método del análisis lógico, pero por el contenido su teoría es más bien un equivalente lógico de las concepciones francamente idealistas del conocimiento histórico (ideografismo neokantiano "comprensión" de Dilthey, etc.). Los postulados idealistas desacreditados hace tiempo aparecen ahora como deducciones "neutrales" del "análisis lógico" y la lucha contra la comprensión de la historia como proceso histórico natural se traslada de la esfera de la ontología a la esfera de la lógica. Gardiner escribe sin rodeos que el

desarrollo de esta orientación de las indagaciones es esencial "para enjuiciar teorías de la historia como la marxista, en las que ocupa un lugar importante la idea de que existen determinantes principales del cambio histórico" y que intentan revelar los mecanismos (workings) internos del proceso histórico"⁴¹. Así se aclara que el análisis lógico "neutral" tiene una orientación ideológica netamente definida reforzando el antimarxismo "teórico". En la lucha contra el marxismo, Karl Popper y sus adversarios —los analíticos de Oxford— se muestran todos unánimes. Los "analíticos lógicos" se presentan como únicos representantes del empirismo científico" y cualquier otro enfoque del problema de la historia es tildado de "especulativo". Pero esta contraposición no se funda en la nada, El desarrollo de la sociedad, tanto en conjunto como en sus partes, es un proceso histórico. Por eso, la indagación empírica debe ser en primer término la indagación de este proceso histórico. El análisis del lenguaje de las obras históricas desde el punto de vista de la lógica formal no puede sustituir al análisis dialéctico de la realidad histórica. Los "filósofos lingüistas" y en particular los analíticos de Oxford no ven, tras los problemas del lenguaje de las obras de historia, los problemas de la realidad histórica, lo cual les impide resolver correctamente incluso las cuestiones que ellos mismos plantean. En la reseña de recopilación **Theories of History**, Hans Meyerhof indica con toda razón que "el hecho de aceptar que el lenguaje de la historia se puede analizar separado de la realidad histórica" es de por sí metafísico y no resiste la crítica⁴². La estructura "lógica" del lenguaje y las formas de explicación de la historia son profundamente históricas. Si en el siglo XVIII la historia se escribía de distinto modo que ahora, eso se explica por las peculiaridades del desarrollo histórico. Según sea el carácter de la sociedad o la clase en cuestión, cambia el objeto de investigación y también el sentido de los conceptos y formas de explicación histórica empleados; por lo tanto, no hay que suplantar los problemas históricos por los de lingüística y lógica ni tampoco resolver los segundos independientemente de los primeros.

Como indicaba con razón el filósofo italiano Paolo Rossi a propósito de la concepción de Gardiner, tal enfoque "arriesga convertir la posibilidad de la colaboración entre el historiador y el metodólogo en registro pasivo por el último de las expresiones del lenguaje empleadas por el historiador"⁴³. Y no se trata tan sólo de la "pasividad" del filósofo sino que adopta como norma los métodos explicativos de la historiografía idealista.

Dray, por ejemplo, se apoya en la experiencia de los conocidos historiadores ingleses G. Butterfield y G. Trevelyan. Pero estos historiadores no ocultan sus opiniones idealistas. Está claro de antemano que el "análisis lógico" de sus trabajos conducirá a la deducción de que en la "explicación histórica" predominan las alusiones a las circunstancias individuales y las influencias ideológicas y no las "leyes objetivas". Pero este análisis en su parte descriptiva sólo será justo para los historiadores de esta tendencia. De él no se pueden deducir normas generales de lógica histórica. Sin embargo, Dray considera esta tendencia como la más típica. Así pues, la "prescripción" se oculta tras una "descripción" pseudo objetiva.

Mas dejemos por ahora el aspecto filosófico del asunto y veamos hasta qué punto es convincente el análisis lógico de la explicación histórica dado por Dray.

Lo primero que llama la atención es la tendencia a suplantarse la explicación científica por la descripción de los hechos. Dento escribe sin rodeos que la historia científica, en esencia, no se diferencia en nada de la crónica habitual; que la simple descripción de los hechos históricos contiene ya su explicación. Esto es absolutamente inexacto, tanto por lo que se refiere a la ciencia en general como por lo que se refiere a la ciencia histórica en particular.

Es indudable que la descripción científica del proceso incluye ya cierto aspecto teórico. El científico no registra simplemente el torrente de impresiones, sino separa los procesos específicos que le interesan en relación con la tarea científica planteada, los sintetiza en forma de conceptos admitidos en la ciencia, etc. Sin

embargo, incluso en ciencias donde el aparato de los conceptos está mucho mejor elaborado que en la historia y donde, por lo tanto, la descripción es más rigurosa, ésta no sustituye de ninguna manera a la explicación⁴⁴. Ante todo, la explicación no rebasa los límites del registro de los hechos establecidos experimentalmente o de sus conjuntos en el aspecto en que son dados por la experiencia. En segundo lugar, aunque la descripción se efectúe habitualmente según un sistema determinado no se propone como tarea inmediata investigar los vínculos necesarios, esenciales y lógicos entre los fenómenos y los presenta sólo como situados en un mismo plano. Por eso es imposible deducir directamente de la descripción un pronóstico científico.

Si eso ocurre en las ciencias exactas, es tanto más cierto para la historia. La descripción histórica en su forma elemental es ante todo el establecimiento de la sucesión de los acontecimientos en el tiempo. Pero la sencilla ligazón cronológica de los acontecimientos todavía no explica nada. La narración tipo: "28 de julio de 1914. Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia. El 30 de julio Rusia declaró la movilización general. El 1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia y el 3 de agosto a Francia. La declaración británica de guerra aconteció el 14 de agosto de 1914", contiene ya, naturalmente, cierta sintetización ya que registra la sucesión con que fueron entrando en la guerra distintos Estados. Pero no revela en absoluto la ligazón interna de estos acontecimientos, sin hablar ya de su esencia.⁴⁵

Explicar el hecho significa descubrir su esencia, establecer el nexo interno entre el hecho explicado y otros hechos y enunciados de la ciencia cuya certeza ya ha sido demostrada.

Los partidarios de la "ley envolvente" conocen solamente un tipo de explicación científica: la "explicación a través de la ley". Sus adversarios han demostrado convincentemente que en historia este tipo de explicación no es predominante. Pero de ello han deducido que la historia en general no se puede

considerar como ciencia, que tiene no sólo su propia gnoseología, sino también su propia lógica.

Efectivamente, son diversos los tipos lógicos de la explicación histórica. Además de la explicación a través de la ley, de que hablan Popper y Hempel, y de la "explicación a través del motivo", a que se refiere Gardiner, existe toda una serie de procedimientos explicativos: la analogía, la explicación causal sin remitirse a la ley general, la explicación funcional, etc. Sin embargo, distan mucho de ser equivalentes. Hablar de la explicación histórica en general, sin tener en cuenta el objeto concreto de la explicación, carece de sentido. Los distintos tipos de explicación corresponden a distintos aspectos de los procesos estudiados y por esto tienen distinto "peso específico". Cómo explica el historiador tal o cual proceso depende ante todo de lo que quiera concretamente explicar.

Tomemos la forma más antigua y elemental de la explicación histórica: la "explicación a través del motivo". Como la historia de la sociedad la hacen los hombres dotados de conciencia y que persiguen determinados fines, la ciencia histórica no puede abstraerse de este aspecto del asunto. ¿Para qué promulgó Bismarck sus "leyes de excepción"? Quería aplastar el movimiento socialdemócrata. ¿Por qué regresó precipitadamente Bonaparte a Francia de la expedición egipcia? Porque quería disolver el Directorio y tomar el Poder en sus manos. Explicaciones de este tipo se encuentran constantemente en las obras de historia, incluso las marxistas, y son perfectamente legítimas. Pero, ¿qué es aquí el objeto de la explicación? Solamente las fuerzas subjetivas que impulsaban a los personajes históricos. Cuando se intenta explicar por este procedimiento algo más amplio, por ejemplo, todo un proceso histórico o incluso un acontecimiento aislado, este procedimiento de explicación resulta insuficiente. La referencia a la ambición de Bonaparte puede ser suficiente para explicar su conducta. Pero para explicar el 18 brumario es insuficiente. Aquí hay que tener en cuenta no sólo los motivos de los

personajes actuantes, sino también la lógica objetiva de las relaciones de clase en el momento dado.

Como decía Engels, "la historia se desarrolla de tal modo, que el resultado final siempre deriva de los conflictos entre muchas voluntades individuales, cada una de las cuales, a su vez, es lo que es por efecto de una multitud de condiciones especiales de vida; son, pues, innumerables fuerzas que se entrecruzan las unas con las otras, un grupo infinito de paralelogramos de fuerzas, de las que surge una resultante —el acontecimiento histórico—, que, a su vez, puede considerarse producto de una potencia única, que, como un todo, actúa sin conciencia y sin voluntad. Pues lo que uno quiere tropieza con la resistencia que le opone otro, y lo que resulta de todo ello es algo que nadie ha querido"⁴⁶.

El intento de extender la "explicación a través del motivo" a una esfera más amplia origina inevitablemente la confusión. Eso es precisamente lo que le sucede a Dray. Comprende que no se puede explicar un acontecimiento histórico complejo por los motivos subjetivos de un solo hombre. Sin embargo, a su juicio, el acontecimiento complejo se puede explicar por la conjugación de los objetivos conscientes de infinidad de individuos que han tomado parte en él. Por ejemplo, "la explicación histórica de la propagación de la civilización europea en América... incluirá una minuciosa investigación, principalmente desde el punto de vista de los objetivos conscientes (**in rational terms**), acciones y motivos de un sinnúmero de individuos y grupos: de los jesuitas franceses y de los puritanos ingleses, de Colón, de Colbert, Raleigh y Felipe II, de los traficantes en pieles, de los exploradores, de los buscadores de oro, de los campesinos hambrientos de tierra y de muchísimos más". Todo esto, en suma da la explicación del fenómeno en su conjunto. Por lo que se refiere a la explicación del mismo fenómeno por medio de las "teorías del proceso histórico", según Dray, "no sería característico de la historiografía corriente. Y yo no

veo motivos para estigmatizar un fenómeno más característico como uno menos "profundo"⁴⁷.

¿Qué puede decirse de este razonamiento? En primer lugar, si se supedita la explicación de un acontecimiento histórico importante a nuestra comprensión de los objetivos conscientes de todos o por lo menos de la mayoría de sus partícipes, se llegará forzosamente a deducciones bastante pesimistas acerca de la cognoscibilidad del pasado histórico, puesto que fueron muchísimos los participantes y sólo podemos hacer conjeturas sobre los objetivos de muchos de ellos. En segundo lugar, incluso el conocimiento exhaustivo de los objetivos y aspiraciones de los personajes históricos no nos explica por qué uno de ellos triunfa y otros sufrían la derrota y a qué se debe el resultado final que, como regla, no coincide con ningún plan individual. En tercer lugar, hay que aclarar lo que condicionó estos mismos objetivos, aspiraciones, etc. Todo esto puede hacerse sólo sobre la base de una "teoría del proceso histórico" que, tras de lo casual y único, vea determinada ley de desarrollo.

La "explicación a través del motivo" es necesaria, por lo tanto, para comprender los fines subjetivos y propósitos de los personajes históricos partícipes de los acontecimientos de la historia. Pero no tiene carácter analítico científico y no puede utilizarse para explicar acontecimientos y procesos históricos de conjunto.

En el conocimiento de la historia desempeña un papel esencial la analogía. Al tropezar con fenómenos históricos muy diversos, el historiador debe clasificarlos y destacar mediante la comparación sus rasgos específicos generales. En este aspecto la simple analogía posee ya determinada fuerza explicativa. En esencial, la analogía es la forma más simple de la sintetización histórica y todas las "lecciones de la historia", a que se refería la historia pragmática del siglo XVIII y comienzos del XIX, no son otra cosa que analogías históricas. La simple confrontación del acontecimiento y los fenómenos estudiados con otros acontecimientos y fenómenos

del mismo género da ya mucho para su conocimiento. El arqueólogo al descubrir un montículo que por la forma le recuerda los túmulos escitas que él conoce, tiene derecho a suponer que también en este caso se trata de un túmulo. La referencia a un precedente, a situaciones análogas que se dieron en el pasado, se utiliza también a menudo para explicar los acontecimientos históricos. Por ejemplo, la historia de la preparación y el establecimiento de la dictadura fascista en Alemania permiten comprender muchas cosas también de la situación actual en la RFA, con el aplastamiento de la democracia, la militarización, etc. que la caracterizan. Naturalmente la simple deducción de un fenómeno parcial aplicándola a otro es irregular desde el punto de vista lógico. Pero el conocimiento de la historia es acumulativo. Si hemos visto muchos fenómenos semejantes, la referencia del fenómeno dado a otro del mismo tipo no será arbitraria y tendrá toda la fuerza explicativa propia de la inducción incompleta en general.

Sin embargo, aquí es necesario la cautela. La semejanza externa es engañosa. La cerámica de las excavaciones arqueológicas tiene mucho de común con los objetos modernos artísticos y domésticos, pero sobre la base de esta semejanza es difícil hacer deducciones históricas valiosas. El peligro de la seducción por las analogías apartadas de la historia concreta lo demuestra elocuentemente el libro **Estudio de la historia** de A. Toynbee, que por síntomas puramente externos compara fenómenos tan diferentes por principio como la rebelión de Mahdi en el Sudán a fines del siglo XIX y la rebelión de los Macabeos en la antigua Judea, la actividad de Pedro I y la actividad del faraón Afnathon, etc. Cualquier analogía será valiosa y legítima en caso de que estén rigurosamente determinados sus límites: en qué condiciones y en qué aspectos pueden considerarse los fenómenos como idénticos. Esto presupone que el fenómeno no se examina aisladamente, sino en el contexto de determinado sistema social y época histórica.

Actúa en primer plano el análisis funcional, que permite aclarar el nexo estable existente entre los distintos elementos del fenómeno estudiado y su estructura. El análisis funcional cala mucho más hondo que la simple analogía. Cuando, por ejemplo, el arqueólogo soviético S. A. Semiónov estableció mediante una serie de experimentos de qué modo se utilizaban muchas herramientas de piedra, esto dio a la ciencia mucho más que su simple tipología sobre la base de los síntomas externos. La determinación de las funciones del fenómeno dado en el sistema social como conjunto, es un elemento necesario de la explicación histórica. No se puede, por ejemplo, comprender la esencia de tal o cual doctrina política sin aclarar su papel ideológico funcional: a qué grupo social beneficia esta doctrina y qué intereses representa. El historiador tropieza con el análisis funcional en todas partes donde se trata de la acción recíproca de fenómenos y elementos en el marco de cierto conjunto social, ya sea el problema de la correlación de la coerción extraeconómica y de la propiedad feudal de la tierra o el del papel de las ideas religiosas en las primeras revoluciones burguesas.

Sin embargo, también esta explicación es incompleta, parcial. La explicación funcional muestra el nexo recíproco de determinado conjunto social y de sus elementos, pero es imposible deducir de ella la línea del desarrollo histórico, con los zigzags y casualidades que le son inherentes. El análisis funcional revela la acción recíproca de los fenómenos, pero deja en la sombra sus vinculaciones causales dinámicas. Más, como indicaba V. I. Lenin en los Cuadernos filosóficos, "la acción recíproca sola es una frase vacía"⁴⁸. El apasionamiento unilateral por la explicación funcional degenera fácilmente en teología objetiva, que interpreta las funciones sociales como algo inmanente. Esto se ve con claridad en el ejemplo de la escuela estructural funcional de la sociología burguesa contemporánea⁴⁹.

Como la historia presupone la reproducción del proceso de desarrollo es natural que el modo específico más extendido de la explicación histórica sea la

explicación genética. Esclarecer el origen del fenómeno o acontecimiento estudiado, descubrir las causas que han determinado su aparición eso es lo que interesa en primer término al historiador. El proceso de establecimiento de los nexos causales de un fenómeno individual dado no puede, naturalmente, reducirse a indicar las leyes generales que nunca se presentan cuando suceden acontecimientos o fenómenos de esta tipo. La referencia a la ley de la desigualdad del desarrollo económico y político en la época del imperialismo es insuficiente para explicar por qué la primera guerra mundial estalló precisamente en agosto de 1914 y por qué la correlación de fuerzas de los campos beligerantes fue esa y no otra. Para explicar esto, es preciso reproducir todo el conjunto de las condiciones que precedieron al acontecimiento, incluirlo en determinado conjunto íntegro. Rickert llamó a este procedimiento de explicación, "inclusión" en oposición al método de "supeditación", de basar el hecho aislado en la ley general, propia de las ciencias teóricas. La aparente sencillez de este método indujo más de una vez al error tanto a los historiadores como a los filósofos, empezando por Rickert y terminando por Dray. Como a primera vista la explicación causal en la historia es la explicación del acontecimiento único por un conjunto individual de condiciones, Rickert, y tras él otros muchos filósofos e historiadores, afirma que esta explicación prescinde en absoluto de premisas teóricas y leyes científicas, que aquí actúa la "causalidad individual". Pero esta idea es profundamente errónea. Ante todo, si se abstrae de los nexos necesarios y lógicos que cimentan los fenómenos históricos dispersos en determinados conjuntos, el historiador no puede determinar cuáles de los fenómenos precedentes debe utilizar para explicar el proceso que le interesa. Cualquier acontecimiento está relacionado con infinidad de otros acontecimientos y fenómenos. ¿Cómo destacar las causas principales y decisivas entre la infinidad de condiciones de las cuales dependían solamente los rasgos secundarios y auxiliares del acontecimiento? La teoría de la "causalidad individual" lleva inevitablemente al

escepticismo debido a que la cadena de nexos de causa y efecto se pierde en lo infinito.

La "inclusión" del acontecimiento o fenómeno dado en un conjunto más general, pero igualmente individual puede ser suficiente para explicar un acontecimiento o episodio aislado, de contornos claramente dibujados. Pero la indagación histórica no se limita a la descripción de episodios aislados, aspira a reproducir el mismo proceso de desarrollo. Es una tarea muchísimo más complicada que no se puede cumplir sin una serie de premisas teóricas.

¿Qué significa reproducir la historia del objeto como un sistema?

Significa, en primer lugar, que el objeto se reproduce no en sus componentes aislados, sino como sistema íntegro que posee determinada estructura. En segundo lugar, en la investigación histórica se reproduce el proceso, es decir, todo el conjunto de nexos históricos existentes entre los componentes del objeto, dispuestos consecutivamente en el tiempo y no relacionados exteriormente unos con otros. En tercer lugar, se reproduce no simplemente el cambio del proceso en el tiempo, sino el proceso de desarrollo del objeto, es decir, el proceso de los cambios cualitativos, de los cambios en la estructura del sistema en conjunto. En cuarto lugar, se reproduce el proceso de desarrollo lógico: por eso, el historiador debe revelar y reproducir no sólo una serie de estados históricos cualitativamente diferentes del objeto, sino también las mismas leyes del paso de un estado histórico a otro⁵⁰.

Por ejemplo, es imposible imaginarse la historia del capitalismo estudiando aisladamente sus fuerzas productivas, su técnica, las relaciones de propiedad que le son inherentes, la estructura de clase de la sociedad y su ideología. Aunque todos estos fenómenos poseen una independencia relativa, son, ante todo, elementos del capitalismo como sistema social y solamente pueden ser comprendidos en su relación interna. Esta relación recíproca del conjunto histórico de fenómenos se refleja en el concepto de la formación económico-social.

El capitalismo no sólo incluye numerosos elementos diferentes, sino se presenta también como una serie de estados históricos cualitativamente distintos. El capitalismo monopolista de Estado se diferencia esencialmente del capitalismo premonopolista y el capitalismo en sazón se diferencia del capitalismo de la época de la acumulación inicial. La misión del historiador consiste en reproducir estas situaciones históricas no como fenómenos aislados e independientes, sino como fases específicas del desarrollo del capitalismo que surgen una de otra y, en el plano genético, se hallan recíprocamente vinculadas. Sólo en este caso obtendremos un cuadro del proceso y no una simple descripción de algunos de sus momentos. Aquí la diferencia es análoga a la que existe entre una película y una serie de fotografías. La película consta de secuencias aisladas, cada una de las cuales registra un momento aislado, lo mismo que la fotografía; pero muestra también el propio proceso, el paso de una situación a otra, cosa que la fotografía no puede reflejar.

Prosigamos. El capitalismo, como cualquier otro fenómeno, cambia continuamente. Pero estos cambios no son equivalentes. Unos tienen carácter cuantitativo, otros tienen carácter cualitativo. El historiador que ve sólo los aspectos parciales no repara, en general, en el nacimiento de lo nuevo. Eso fue lo que les ocurrió a los historiadores burgueses británicos que, habiendo constatado que la continuidad del desarrollo económico-social en Inglaterra no se interrumpió y que los cambios en la vida de los hombres se producían paulatinamente, niegan sobre esta base el hecho mismo de la revolución industrial. Empero, pese a las afirmaciones de los historiadores y sociólogos burgueses contemporáneos que intentan sustituir el concepto de "desarrollo y progreso histórico" por el huerco concepto de "cambio social", el desarrollo y el cambio no son una misma cosa. El "cambio" es la categoría general, más abstracta, que registra lo que tiene de común y es propio de cualquier proceso: la existencia de diferencias en un mismo objeto tomado en dos puntos distintos en el tiempo. Por el contrario, el desarrollo

caracteriza sólo el cambio lógico, espontáneo e íntegro en el estado del sistema, la modificación de la estructura interna del objeto. Eso no es un simple cambio cuantitativo, sino un cambio cualitativo. Precisamente en estos límites cualitativos descansan la periodización científica de la historia.

Pero si el desarrollo es un proceso lógico, el historiador no puede reproducirlo sin descubrir las mismas leyes que rigen este proceso y determinan el carácter del paso de un estadio histórico, a otro. La historia del capitalismo incluye también la historia de la modificación de sus leyes. Por ejemplo, no se puede explicar el paso del capitalismo premonopolista al monopolista sin descubrir los síntomas y leyes fundamentales del imperialismo, sin mostrar aunque no sea más que el papel de la mencionada ley de desarrollo desigual.

Siendo la misión del historiador, como lo es, reproducir el complicado proceso lógico, el científico no puede, como indica con razón B. A. Grushin, seguir simplemente la historia externa, empírica del objeto. Para reproducir el proceso de desarrollo de cualquier sistema es necesario, ante todo, precisar: 1) qué se desarrolla, 2) en qué se desarrolla. Y esto, quiéralo o no el historiador, tenga o no conciencia de ello, presupone ciertas premisas teóricas. Así la historia conduce necesariamente a la teoría y la explicación genética a la explicación a través de la ley o del conjunto de leyes.

Los autores burgueses que se oponen a la idea del desarrollo lógico-histórico dicen que la explicación del hecho singular a través de la ley deja pendiente la cuestión de la realidad de la misma ley utilizada para esta explicación. Si se explica el hecho invocando una ley histórica, no queda claro por qué en general actúa en las circunstancias dadas esta ley o tendencia. Pero esta dificultad no es insuperable. Cualquier ley no sólo en la historia, sino también en las ciencias naturales establece cómo transcurre determinado proceso. De este modo, la ley explica determinado conjunto de hechos en los que está presente este proceso. Pero ninguna ley se explica

a sí misma. Para explicar la existencia de esta ley es preciso apelar a otra ley más general. Así, la ley del desarrollo desigual nos explica muchos rasgos del imperialismo que dimanaban de la desigualdad de su desarrollo, pero si queremos saber por qué en la época del imperialismo se acrecienta su desigualdad, tendremos que recurrir a procesos más generales (tener en cuenta, por ejemplo, que la industrialización, sobre una base técnica más elevada, siempre transcurre más rápidamente, etc.). Este es el proceso normal de profundización del conocimiento científico y su naturaleza lógica es igual por principio en todas las ciencias.

Por lo tanto, la explicación histórica tiene distintas formas y el papel de la teoría en estas explicaciones también es diferente. Pero estas explicaciones no son equivalentes y no se pueden aplicar a todos los objetos. La explicación histórica será satisfactoria únicamente en caso de que su forma lógica corresponda al carácter y al contenido del proceso que ha de ser explicado. Cómo explicará el historiador uno u otro fenómeno dependerá del carácter de su metodología y de los rasgos específicos del objeto de investigación y de la dimensión en que se examina este objeto.

La complejidad de los problemas gnoseológicos y lógicos de la ciencia histórica refleja la complejidad y lo contradictorio de su objeto y la realidad histórica. Por un lado, la historia es un proceso lógico, histórico-natural. Por otro, Carlos Marx hablaba de la historia como de un drama histórico universal en el que los hombres son al mismo tiempo actores y autores. La ciencia teórica de la sociedad estudia el primer aspecto del asunto, haciendo abstracción de las casualidades y zigzags relacionados con las peculiaridades de los participantes concretos del proceso histórico. En cambio, el historiador tiene que tratar ambos lados. Esto hace su labor particularmente complicada. En la medida en que se ocupa de reproducir los procesos y las relaciones económico-sociales opera en lo fundamental con conceptos teórico-científicos y su lógica se diferencia poco de la lógica del sociólogo o economista. Pero cuando el historiador centra la atención en un acontecimiento, en

un complicado entrelazamiento de personas, pasiones y emociones, el conocimiento histórico se asemeja al conocimiento artístico. A. V. Guliga tiene toda la razón cuando dice que "la sintetización histórica es una especie de síntesis de la comprensión teórica y artística del mundo"⁵¹. No se trata, naturalmente, de transformar la indagación histórica en novela histórica ni de renunciar al principio de la objetividad científica, como propagan los defensores de la teoría burguesa de la historia como arte. El quid de la cuestión estriba en que el proceso de desarticulación del objeto y autopsia de su esencia como una serie de abstracciones, propio del conocimiento teórico, se completa en la historia con la síntesis sensorial concreta característica del arte, en la que lo general, lo típico aparece no en abstracto, sino con su envoltura individual. ¿Qué modo de conocimiento predomina en las indagaciones históricas? A esta pregunta no se puede dar una respuesta general. Hasta la aparición del marxismo y el surgimiento de la historia económico-social contemporánea en la historiografía burguesa, dominaba indivisiblemente el método ideográfico, que no veía en la historia nada excepto el choque de pasiones humanas y opiniones. Tal enfoque de la historia la hace completamente acientífica. La simple intuición y los datos psicológicos tomados del conocimiento pueden bastar para reproducir el drama personal de un hombre aislado, pero es indudable que no bastan para descubrir el drama histórico que tiene por protagonista no sólo a individuos, sino también a clases y pueblos enteros (sin hablar ya del descubrimiento de las leyes del proceso histórico). Pero, al propio tiempo, la historia no se puede reducir sólo al estudio de las estructuras sociales impersonales y de los fenómenos masivos.

El nivel de la abstracción científica en la indagación histórica se determina, por un lado, por el objeto de la investigación y, por otro, por las dimensiones de la indagación. El grado máximo de generalización teórica del material se consigue, como regla, en la esfera de la historia económica. El investigador de la historia de las

relaciones económicas no estudia acontecimientos aislados, sino determinado conjunto de relaciones sociales y procesos masivos. Aquí, como en la indagación histórica, "se trata de las personas en tanto son encarnación de categorías económicas y portadoras de determinadas relaciones e intereses de clase". Desde este punto de vista al individuo no se le puede "considerar responsable de las condiciones de las cuales es un producto en el sentido social, por mucho que se eleve sobre ellas subjetivamente"⁵².

Mucho más complicado es lo que ocurre en la esfera de la historia política o la historia de la cultura. F. Engels escribió: "cuanto más alejado esté de lo económico el campo concreto de lo que investigamos y más se acerque a lo ideológico puramente abstracto, más casualidades advertiremos en su desarrollo, más zigzagueos presentará su curva. Pero si traza usted el eje medio de la curva, verá que, cuanto más largo sea el período que estudia, más paralelamente discurre este eje al eje del desarrollo económico"⁵³.

Esto imprime su sello también sobre la lógica de la ciencia histórica. Claro está, también en la historia política la atención del científico se concentra en las tendencias rectoras, en el movimiento de las grandes masas y clases y los acontecimientos aislados se consideran sólo como manifestación de estas tendencias. Pero soslayar los rasgos específicos de estos acontecimientos y no revelar la peculiaridad de los hombres que encabezan el movimiento en la etapa dada significaría esquematizar la historia.

Al examinar el problema de la abstracción en la ciencia histórica y el grado en que la ciencia histórica es capaz de hacer sintetizaciones teóricas, no hay que olvidar tampoco la magnitud de la investigación. Una cosa es el libro que abarque la historia universal o la historia de una formación entera y otra la investigación de un solo acontecimiento, de una biografía, etc. Cada historia revela ciertas leyes, pero su magnitud es distinta. Un trabajo de historia universal no puede por menos que dar

sintetizaciones de índole sociológica general (las leyes que regulan el proceso histórico en conjunto, los rasgos específicos de algunas formaciones, etc.) que no se pueden esperar de la indagación especial dedicada a un problema parcial.

La historia de la disgregación de una familia campesina revela determinada ley de desarrollo social y se puede y se debe utilizar en la exposición. Pero únicamente explica la deducción a que ha llegado el científico por la vía analítica. ¿Por qué se toma precisamente este caso y no otro que evidencie la conservación de las costumbres patriarcales? Porque el historiador considera típico precisamente el primer caso. ¿Y por qué lo considera así? Porque se deduce de infinidad de datos estadísticos. Y si el historiador quiere reproducir el proceso de ruina del campesino puede demostrarlo solamente esgrimiendo datos estadísticos. Sólo el análisis cuantitativo impersonal mostrará el grado de propagación y tipificación del proceso que, examinado por el lado subjetivo, aparece como una tragedia humana. El carácter del problema decide de antemano los procedimientos para resolverlo y la fundamentación de la deducción.

Otra cosa es la historia de la cultura, la literatura y el arte. Igual que en la historia económico-social está justificada la utilización de los detalles; también en la historia del espíritu humano está justificada la utilización de los recursos estadísticos y otros métodos de observación masiva. La estadística de la propagación de la instrucción y el establecimiento de las correlaciones funcionales entre la estructura social y el carácter de las ideas dominantes no se diferencian por principio de métodos análogos utilizados en la investigación de las relaciones económico-sociales.

Claro está, entre la historia económico-social, comprendida como historia de los procesos masivos y de las relaciones sociales impersonales, y la historia de la cultura comprendida como autoconciencia del género humano no existe una muralla china. Cualquier fenómeno histórico puede ser considerado como proceso

y como drama con las diferencias que de ahí se deducen en la metodología de la investigación y la lógica de la explicación. Queremos destacar sólo dos polos extremos a los cuales se orienta el pensamiento histórico. Pero es éste un problema esencial que exige serio estudio especial.

La "estética de la historia" a cuya creación exhorta A. V. Guliga⁵⁴ tal vez no sea necesaria: si acaso habrá que dar a esta palabra cierto sentido completamente especial. Lo que es verdaderamente necesario es elaborar a fondo la teoría del conocimiento histórico. ¿Cómo se escribe la historia? ¿Cuáles son las peculiaridades concretas de la formación de los conceptos históricos y de la explicación histórica? ¿Qué correlación existe entre la historia y la teoría en general y en el marco de la indagación especial en particular? ¿Cómo se modifican las formas y los procedimientos de la explicación histórica en dependencia del objeto de la investigación? Todas estas y otras muchas cuestiones ofrecen hoy vivísimo interés práctico.

¹ Esto se muestra, por ejemplo, en el libro de G. Shpet. **La historia como problema de lógica. Indagaciones críticas y metodológicas**, I parte. Moscú, 1916.

² Es sintomático, por ejemplo, que de los 13 artículos, publicados en el primer tomo de la revista internacional de filosofía de la historia **History and Theory**, 9 estén dedicados por entero o parcialmente a los problemas lógico-metodológicos.

³ P. Rossi. **Storia e storicismo nella filosofia contemporanea**. Milano, 1960, pág. 483.

⁴ Véase **Problemas de Historia**, 1962 No. 9.

⁵ Véase más detalladamente en I. S. Narski. **Ensayos de historia del positivismo**. Moscú, 1960.

⁶ V. I. Lenin. **Obras**, 4ª edición, t 14, pag. 316.

⁷ G. Lundberg. **Social Research**. New York, 1942, pág. 117.

⁸ Véase sobre esta cuestión I. S. Kon. **El idealismo filosófico y la crisis del pateamiento histórico burgués**. Moscú, 1959.

⁹ H. Rickert. **Ciencia cultural y ciencia natural**. Espasa-Calpe, Argentina, S.A. Col. Austral No. 347. 1952.

¹⁰ Véase **Theories of History**. Ed. With introduction and commentary by R. Gardiner. Glencoe, 1959, pág. 268.; Véase una crítica más detallada de la filosofía del análisis lógico en A. F. Beshasvili. **El método de análisis en la filosofía burguesa contemporánea**. Tbilisi, 1960.

¹¹ Véase K.R. Popper. **The Open Society and its Enemies**. V. II. Rev. ed., London 1952, pág. 262. El razonamiento citado reproduce la concepción formulada por Popper en su libro **Logik der Forschung**, Wien, 1955.

¹² C. C. Hempel. "The Function of General Laws in History". **Theories of History**, pág. 351.

¹³ K. Popper. **Op. cit.**, vol. II, pág. 261.

¹⁴ **Ibid.**, pág. 206.

¹⁵ **Ibid.**, pág. 268.

¹⁶ **Ibid.**, vol. I, pág. 3.

- ¹⁷ Véase P. V. Tavanetg, V. S. Shviriov. "Algunos problemas de la lógica del conocimiento científico" **Problemas de filosofía**, 1962, N° 10, pág. 17.
- ¹⁸ K. Popper, **Op. cit.**, vol. II, pág. 264.
- ¹⁹ **Ibid.**, pág. 364.
- ²⁰ **Ibid.**, vol. I., pág. XI.
- ²¹ F. A. Hayek. **The Counter-Revolution of Science**. Glencoe, 1952, pág. 199.
- ²² M. Bungue. **Causalidad**. Moscú, 1962, págs. 328-329.
- ²³ Véase: E. Kaufman: **Methodology of the Social Sciences**. New York, 1944; M. White: "Historical Explanation", **Theories of History**, pp. 356-72; E. Nagel: "Some Issues in the Logic of Historical Analysis", **Theories of History**, pp. 373-84; I. Pitt: "Generalizations in Historical explanations", **The Journal of Philosophy**, Vol. LVI, No. 13, June 18, 1959. pp. 578-86; Q. Gibson: **The Logic of Social Inquiry**. London, 1960; C.B. Joynt y N. Rescher: "The Problem of Uniqueness in History", **History and Theory**, Vol. I, No. 2, pp. 150-62.
- ²⁴ **Theories of History**, pág. 273.
- ²⁵ P. Gardiner. **The Nature of Historical Explanation**. Oxford, 1952.
- ²⁶ **Ibid.**, pág. 11.
- ²⁷ **Ibid.**, pág. 50.
- ²⁸ **Ibid.**, pág. 61.
- ²⁹ **Ibid.**, pág., 132.
- ³⁰ G. Ryle. **The concept of Mind**. London, 1949, pág. 113.
- ³¹ E. Gardiner. **Op. cit.**, pág. 139.
- ³² **Ibid.**, pág. 136.
- ³³ Bajo la influencia de la crítica el propio Gardiner reconoce que la doctrina de la "ley envolvente" es demasiado vaga y no tiene en cuenta la diversidad de la práctica historiográfica. (**Theories of History**).
- ³⁴ W. H. Walsh. **Philosophy of History an Introduction**. New York, 1960.
- ³⁵ W. Dray. **Laws and Explanation in History**. Oxford, 1960, pág. 29.
- ³⁶ **Ibid.**, págs. 31-32.
- ³⁷ **Ibid.**, pág. 62.
- ³⁸ **Ibid.**, pág. 91.
- ³⁹ **Ibid.**, págs. 103-104.
- ⁴⁰ W. Dray. "Explaining What" in History. **Theories of History**, pág. 403.
- ⁴¹ **Theories of History**, pág. 272.
- ⁴² **History and Theory**, vol. I, No. 1, pág. 96.
- ⁴³ "La natura della spiegazione storiografica nel pensiero di R. Gardiner" **Rivista critica di storia della filosofia**, an. X, fasc. 2, marzo-aprile 1955, pág. 179.
- ⁴⁴ E. P. Nikitin. "La naturaleza de la explicación científica y el positivismo contemporáneo." **Problemas de filosofía**, 1962, No. 8, págs. 96-107.
- ⁴⁵ C. B. Joynt and N. Rescher. **Op. cit.**, **History and Theory**, vol. I, No. 2 pág. 160.
- ⁴⁶ Carta de Engels a J. Bloch desde Londres con fecha 21-22 de septiembre de 1890. Carlos Marx y Federico Engels. **Obras escogidas** en dos tomos. Ed. Lenguas Extranjeras. Moscú. Tomo II, p. 521.
- ⁴⁷ W. Dray. **Laws and Explanation in History**, pág. 142.
- ⁴⁸ V. I. Lenin, **Cuadernos filosóficos**. Ediciones Estudio, Argentina, 1963.
- ⁴⁹ I. S. Kon "A propósito del objeto de la sociología. Breve ensayo histórico". Recopilación **Problemas de sociología marxista**. Leningrado, 1962.
- ⁵⁰ BB. A. Grushin. **Ensayos de lógica de la investigación histórica**. Moscú, 1961, pág. 18.
- ⁵¹ **Problemas de filosofía**, 1962, No. 9, pág. 37.
- ⁵² C. Marx. **El capital**, t. I, Moscú, 1955, pág. 8.
- ⁵³ Carta de Engels a H. Starkenburg desde Londres con fecha 25 de enero de 1894. Carlos Marx y Federico Engels. **Obras Escogidas en dos tomos**, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú; tomo II, p. 540.
- ⁵⁴ **Problemas de filosofía**, 1962, No. 9, pág. 38.